

Sermón: Derramamiento del Espíritu Santo. Hechos 2:1–21

En el nombre del Espíritu Santo, que es nuestro consolador. Amén.

Hoy, celebramos la derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. Cristo, antes de subir al cielo, prometió a sus creyentes que vendría otro consejero (Jn 14,16). Dios cumplió su juramento enviando el Espíritu Santo entre los creyentes.

I.

Todos hemos visto varias imágenes de este increíble día.

Existen muchos cuadros representando este día y el hecho de la llegada del Espíritu Santo sobre las personas.

El Espíritu Santo es Dios, y es un espíritu, lo que significa que no tiene cuerpo físico. Sin embargo, se apareció en forma de fuego a las personas reunidas para celebrar Pentecostés. ¿Por qué hizo esto el Espíritu Santo? Por el bien de la gente, se hizo "visible". Quería que la gente viera la evidencia de su presencia y se sintiera reconfortada. Dios es poderoso, y siempre que el Señor interactúa con su creación, especialmente con su obra de creación, los seres humanos, sucede algo extraordinario.

Hechos 2 ofrece esa larga lista de personas reunidas en Jerusalén procedentes de todo el mundo romano.

Podemos preguntarnos primeramente: ¿Por qué estaban en Jerusalén?

Pentecostés era una de las principales fiestas judías, y gente de toda la diáspora judía se reunía en Jerusalén para adorar al Señor durante esta fiesta.

Es interesante que Pentecostés fuera la ocasión para agradecer a Dios la cosecha de los cultivos, especialmente del trigo. El objetivo de la fiesta era enfatizar que el Señor era quien daba la capacidad de trabajar (Dt 8:18).

Además, los judíos se recordaban a sí mismos que era Dios quien hacía crecer los cultivos y daba la cosecha, que el Señor era responsable de todo. Tal vez los judíos tuvieron la tentación de ver sólo las bendiciones físicas en Pentecostés, pero Dios envió al Espíritu Santo para centrarse en su deseo de salvar también las almas de las personas. "Dios quiere que todas las personas se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (véase 1 Tim 2:4). Una fiesta de la cosecha se convertiría ahora en una fiesta de Dios cosechando almas.

Así que el Espíritu Santo dio a este grupo de creyentes habilidades especiales para hablar en diferentes idiomas. Evidentemente, ¡un milagro extraordinario! Estos hombres de Galilea fueron capaces de hablar sus mensajes no sólo en la lengua griega, que todos aquellos visitantes de Jerusalén ya podían entender, sino en las lenguas locales "del corazón" de estas personas de todas las diversas regiones del Imperio Romano y más allá. ¡Un milagro asombroso! ¡Qué dulce para todos aquellos oyentes! Esta es la parte de la historia de Pentecostés que muchos recuerdan mejor.

Muchos de las iglesias pentecostales de hoy en día destacan Hechos 2 como algo muy especial, fijándose en este hablar en lenguas. Desafortunadamente, entonces pierden la verdadera importancia del Día de Pentecostés, por dos razones.

En primer lugar, ellos pasan por alto que las diferentes "lenguas" habladas por los apóstoles en Pentecostés eran lenguas reconocibles, claramente entendidas por los oyentes, no "lenguas" extáticas o "lenguaje de oración" que los compañeros de adoración no pueden entender, como es alentado por los pentecostales.

En segundo lugar, la atención no debe centrarse en las personas que hablan en otras lenguas; la atención debe centrarse en Aquel que dio estas habilidades. Es una tentación común alabar la creación en lugar del Creador. Los creyentes reunidos en Pentecostés proclamaban las "maravillas" del Señor (v. 11).

Esto deja claro que las lenguas que se hablaban eran lenguas inteligibles que la gente usaba realmente. Esa es la razón por la que la gente se asombró; es evidente que las personas de esa época no dominaban muchos idiomas.

El texto no da detalles sobre el contenido de estos primeros mensajes. Sin embargo, seguramente estaban relacionados con la forma en que las promesas dadas al pueblo del Antiguo Testamento se cumplían en Cristo, tal como Jesús explicó a los dos discípulos de camino a Emaús (Lc 24,27).

Estos galileos hablaban las lenguas nativas de la gente reunida en aquel lugar. No sabemos exactamente qué proclamaban esas lenguas nativas, pero habría sido impresionante para estos individuos escuchar el Evangelio en sus lenguas del corazón. El verso 11 dice que los cristianos estaban testificando de las "obras poderosas de Dios" en estos idiomas.

Se comprende también qué idiomas hablaban los galileos. La diversidad geográfica es notable. Partos, medos y elamitas venían de más allá de los confines del Imperio Romano.

Después de escuchar estas lenguas, podemos preguntarnos también:

¿cuáles fueron las reacciones de las otras personas?

Algunos se asombraron. Pero algunos empezaron a burlarse de que estos galileos estaban borrachos.

Pero otros, burlándose, decían:—Están borrachos (V 13): Cuando se proclama la Palabra de Dios, debemos esperar una de dos respuestas. Una es aceptar el mensaje. Sin embargo, la otra reacción es rechazar la Palabra. Ante estas expresiones de las lenguas, algunos se burlaron y acusaron a aquellos galileos de estar borrachos. Querían una explicación superficial en lugar de explorar lo que realmente estaba sucediendo.

Pedro negó a Jesús tres veces porque quería salvar su vida. En nuestro relato de Pentecostés, se levantó con los once discípulos y predicó valientemente la Ley y el Evangelio de Dios. Antes de su predicación, Pedro quiso que los hombres de Judea y todos los que habitan en Jerusalén le escucharan atentamente. V 14:

Antes de entrar en profundidad con su sermón, Pedro defendió a estos hombres que hablaban otras lenguas y rechazó las acusaciones de embriaguez. Eran hombres piadosos que venían a adorar al Señor y, dijo, "es sólo la tercera hora del día", la hora de la oración matutina, alrededor de las nueve. Era costumbre beber vino con la comida, pero la mayoría de las veces los judíos comían después de su oración matutina. Como estos eran hombres religiosos, no habrían roto la costumbre religiosa, manchando la hora de la oración con el pecado de la embriaguez.

Pedro recuerda a la gente reunida que el profeta Joel había prometido que este mismo acontecimiento ocurriría (¡por extraño que sea!). V 15.

Dios hizo la promesa de derramar su Espíritu sobre todo el pueblo. Pentecostés es el momento en que se cumplió su promesa. Los creyentes del Antiguo Testamento confiaban en que el Señor cumpliría lo que había prometido.

II.

¿Qué relevancia tiene para nosotros el cumplimiento de la profecía de Joel?

El Espíritu Santo sigue convirtiendo a la fe de las personas de todas las naciones y sigue preservando a las personas en la fe, tal como lo hizo en el primer siglo, tanto con judíos como con gentiles, hombres y mujeres, esclavos y libres. Este pueblo fiel de Dios llevó a cabo la "Gran Comisión" por sí mismo; se convirtieron en verdaderos testigos del amor de Cristo, y el Evangelio de Cristo fue proclamado en muchos lugares.

Nosotros somos la prueba de la obra del Espíritu Santo realizada por las voces de aquellos fieles cristianos. De alguna manera, el Evangelio ha llegado a nuestros oídos y a nuestros corazones.

Hemos escuchado lo que unió a estos primeros creyentes: Jesús: su muerte en la cruz, su resurrección de la tumba, que ha quitado nuestros pecados. Desde entonces, el Espíritu Santo ha estado anunciando a Cristo crucificado. Esa es la razón por la que ahora conocemos a Cristo como nuestro Salvador, puesto que estamos llenos del Espíritu Santo.

Cuando se trata de la conversión y la justificación, las personas son pasivas. Simplemente no hacemos nada, recibimos al Espíritu Santo.

En cambio, las personas no pueden evitar producir buenas obras aceptables para Dios en cuanto el Espíritu Santo reside en los individuos. Estas personas que estaban presentes durante aquel primer Pentecostés cristiano no son una excepción. Comenzaron a hablar en otras lenguas, y el Espíritu Santo fue el responsable de ello.

El deseo de Dios de salvar a su creación comenzó desde el principio de los tiempos, y sigue actuando. El Espíritu Santo fortalece nuestra fe a través del Evangelio y los Sacramentos. La Palabra de Dios es poder de Dios para la salvación de todos los que creen (Rom 1,16).

Esa misma seguridad nos da energía para ser el pueblo de Pentecostés. Como dice Pablo, "somos las

vasijas de barro que llevan el tesoro". El Señor se sirve de personas como nosotros, pecadoras y débiles, para hablar del Evangelio a los demás. ¿Cómo podemos hacerlo? Es el Espíritu Santo que vive en nosotros el que salva a las personas, y sólo él nos capacita para proclamar su Evangelio. Y solo el Espíritu Santo es quien transforma a la personas, dandoles nueva vida.

En el Jordán, el Espíritu desciende sobre Jesús (Mc 1,10). Desde el cielo, la voz del Padre introduce a su "Hijo amado" en su misión de siervo sufriente de Yahvé (Mc 1,11, "en ti me complazco"; cf. Is 42,1). Esto significa que la condición de siervo de Jesús hasta la muerte define su condición de mesías y de hijo.

Al mostrar su poder mediante el servicio y el sacrificio, Jesús muestra a sus seguidores el verdadero significado del discipulado. Después de su primera predicción de la Pasión, Jesús expuso lo que está en juego para sus discípulos: "El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga" (Mc 8,34).

El Espíritu en el que Cristo es ungido para dar su vida por los demás como Hijo fiel y siervo sufriente de Dios nos moldea para ser testigos fieles y sacrificios vivientes que participan en "intercambios felices" con los demás compartiendo sus cargas y alegrías.

Cada vez que nos sentimos decepcionados por nuestras fragilidades y pecados, recordamos a nuestro Dios bondadoso, que se sacrificó por nosotros en la cruz. No se quedó allí muerto, sino que cumplió su promesa venciendo a la muerte. Por su poder vencedor, que nos da el Espíritu Santo, nuestro Dios cumplirá su voluntad a través de nosotros, del mismo modo que aquellos humildes galileos se convirtieron en anunciadores del Dios todopoderoso en Pentecostés.

Esta será la misión de la Iglesia hasta ese otro día que previó el profeta Joel, del que predicó Pedro en Pentecostés: "el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y glorioso." (Hch 2,20).

Jesús vuelve de nuevo. Nuestro Señor Jesucristo volverá para juzgar a los vivos y a los muertos. Gracias a su sacrificio y a su perdón, proclamados a nosotros en Pentecostés, proclamados por nosotros desde Pentecostés, nosotros y un sinnúmero de personas daremos la bienvenida a ese Último Día con alabanzas a Cristo que no tendrán fin.

Amén.